



## UN CHOQUE EN CAMINO DE HIERRO.

(CONCLUSIÓN)

VII



Quedamos mi amigo y yo en la estación como petrificados; tan preocupados como si hubiéramos perdido el estímulo de la vida; y sin resolvernos durante algunos minutos á recoger el equige para trasladarnos á nuestros domicilios respectivos. Todo nos parecia ya indiferente. Tomamos por fin un coche y despues de dejar á mi amigo en su hotel, me trasladé á mi casa con la dulce imagen de la simpática viajera fija en la mente y gravada en el corazon.

Pocos dias después recibió mi amigo cartas que le obligaron á regresar á España, mucho antes de lo que tenía pensado. Fingí sentirlo, porque, en realidad, me alegraba extraordinariamente. El sentimiento que nos dominaba, sobre todo el mio, rechazaba toda participacion; me lisonjeaba presumir que el suyo, de otra índole

se desvanecería pronto con la ausencia, y que el mío, por el contrario, llegaría quizá á obtener satisfaccion, permaneciendo bajo el mismo cielo que el objeto que lo habia originado.

En todas partes lo buscaba con anhelo, y la esperanza de encontrarlo me tenia siempre fuera de casa, rodando por calles, paseos y teatros. Nunca saqué menos partido de las diversiones públicas que entonces, pues en todas partes atraía mas mi atención la concurrencia que el espectáculo.

Pasados sin embargo algunos dias, la razon serena empezó á recobrar su imperio; y ya aquel sentimiento llegaba á ser para mí dulce recuerdo de una ilusion evaporada, cuando una tarde recibí por el correo interior un billete que decia: "*Una persona que conserca de V. grata impresion, se hallará esta noche á las nueve en los Campos Eliseos, cerca del Rond-Point.*" Este billete anónimo tenia para mí mas crédito que un documento notarial.

De repente revivieron en mí las ilusiones con tal vigor que se confundian en mi mente con la realidad. Faltaban pocas horas para llegar á la indicada, y á las seis de la tarde me hallaba ya en un restaurant de los Campos Eliseos revolviendo en la imaginacion, mientras comia, las frases que me proponia dirigir á mi bella amiga.

A la hora señalada me acerqué á uno de los faroles que circuyen el *Rond-Point*, y pocos minutos después se detuvo á mi lado un coche de alquiler cerrado. Se abrió la portezuela por dentro, y la dulce voz de mi amiga me invitó á entrar. Obedecí en el acto, y el cochero, que ya habia recibido instrucciones, continuó su marcha hácia el interior de la poblacion.

Aquella entrevista fué de muy corta duracion, y no muy placentera. Nuestro primer encuentro habia sido casual: el segundo era ya criminal; y una inquietud fastidiosa coartaba la expansion de nuestro sentimiento. No podia ella ocultar la agitacion de su ánimo.—No sabe usted, me dijo, cuanto he luchado conmigo misma antes de dar este paso; y una vez realizado, las dudas que me asaltan empiezan á convertirse ya en remordimientos. Vea usted como tiemblo, añadió tendiéndome la mano. La estreché largo rato entre las mías; y luego, mas serena, me manifestó mi amiga que no se habia casado por su voluntad espontánea; y que si bien su marido era excelente persona, tenia mucha mas edad que ella, y un caracter y gustos muy distintos de los suyos.

Yo, señores, ni era ni soy un santo; y quisiera que cualquiera de ustedes me dijera, con la mano puesta en la conciencia, si en un caso igual se convertiría en predicador de moral, aconsejando á aquella joven resignacion en el cumplimiento de sus deberes de esposa. Le dije, por el contrario, que las uniones que Dios formaba eran las únicas respetables, y que los contratos celebrados por conveniencias sociales no eran mas que trabas puestas al curso natural de la vida, y á la realizacion de la verdadera felicidad; que se hablaba por lo tanto moralmente libre de todo compromiso, y otras frases análogas que el espíritu de seducción sugiere en estos casos.

Pagué, y aun pago con amargos remordimientos, aquella infraccion á lo que yo llamaba preocupaciones sociales, que no son todas tan despreciables como los desafíos; pero llegamos á adquirir la experiencia de la vida, cuando ya no nos sirve para nada, ni para nadie. Tan escasa es nuestra razon que solo á costa propia aprendemos.

—Ruego á ustedes, señores, que me dispensen lo minucioso del relato. Creemos que lo que á nosotros interesa, interesa en igual grado á los demás, y por lo tanto es difícil referir episodios de nuestra vida con agrado de todos.

Nos apresuramos á decir á nuestro interlocutor que no omitiera, por el contrario, detalle alguno, pues le oíamos con el mayor placer, como así era en verdad, y continuó diciendo:

—Apenas habria pasado una hora cuando el sentimiento del deber recobró su imperio en mi amiga, pues empezó á manifestarme con grandes muestras de impaciencia, su deseo de abreviar la entrevista, retirándose á su casa. Nos hallábamos en la Rue de Rivoli, cerca del Louvre, y le parecia que el coche andaba con demasiada lentitud. Sus frases eran breves, como de espíritu inquieto y preocupado. Preciso es me dijo, después de un corto silencio, renunciar á una felicidad rodeada de tantos peligros, tantos, tantos! y se cubrió el rostro con las manos, que solo de pensar en ello me estremeezo. Por supuesto, añadió, me prometerá usted, bajo palabra de honor, que no dará el menor paso para volver á verme. Mi marido debe de ausentarse: y cuando esto suceda, quizá le avisaré á usted.

Me obligó á apearme en la Plaza de la Concordia; y con dolor vi desaparecer el coche entre los innumerables que se cruzaban en la Avenida de los Campos Eliseos, semejante, en aquella hora, por

el rápido movimiento de luces, á una inmensa tira de papel que en la obscuridad se va reduciendo á cenizas.

### VIII.

Hay personas que juzgan estas aventuras como un mero pasatiempo, por que no les afectan intensamente.

Yo creo, sin embargo, que un temperamento impasible ó un caracter frívolo no constituyen la felicidad, como pretenden los pesimistas. Creo por el contrario, que las personas dotadas de una sensibilidad exquisita, si sufren mas, tambien gozan mas en la vida; y puesto que la cuestion se plantea entre ser y no ser, ya que somos, seamos lo mas sensibles posible. Los gozes materiales sin consecuencia, son propios de los brutos; y si se nos ofreciera un trono asiático con la condicion de convertirnos en idiotas, todos seguramente lo renunciaríamos.

Aquella entrevista me afectó á mí profundamente. Había vivido hasta entonces sin sentir de una manera tan intensa la falta de complemento á mi existencia, porque solo cuando lo encontramos nos parece indispensable; y, el gran temor de perderlo, que en el acto se apodera de nuestro ánimo, claramente revela la dificultad de hallarlo, y la imposibilidad absoluta del reemplazo. Yo no respiraba libremente, habia perdido mi natural alegría, y vagaba con el pecho oprimido, como si llevara sobre mi conciencia el peso de un delito.

Este estado llegó á cansarme; y si en un principio me rebelaba contra la ley positiva, que se oponia á mi felicidad, despues queria emanciparme tambien de la ley natural. La pícara naturaleza se complace en jugar con nosotros; habiendo tantas mujeres en el mundo; porqué razon habia de ser precisamente aquella la que se me imponia? Quise sacudir este yugo para no estar sujeto al capricho de una influencia oculta. Formé el designio de no acudir á ninguna otra cita; y, para borrar la impresion que me habia causado aquella mujer, traté de buscar otra; pero en el instante mismo de concebir esta idea, el horror á una degradacion tan repugnante, me hizo desecharla.

Juguete de estos embates pasaba los dias, las semanas, los meses; y, ¡qué largo parece el tiempo cuando se cuentan los minutos!

Al fin estalló la guerra con Alemania, y este acaecimiento contribuyó algo á distraerme de mis devaneos.

Después del desastre de Sedan ya nadie puso en duda el sitio que amenazaba á París. Casi todos mis amigos se dispersaron. Unos vinieron á España, otros se trasladaron á Inglaterra y á Bélgica, y otros á Italia. Algunos quisieron experimentar las emociones del sitio, y yo me propuse seguir en sus peregrinaciones al Gobierno de la Defensa Nacional.

Las frecuentes noticias de la guerra y la emoción que causaban en el ánimo de todos me imponían casi la obligación de desechar del mio una pasión, que me impedía interesarme en tanto desastre, con la vehemencia que requería. Revivió sin embargo al regresar á París siete meses después; pero, debo confesarlo, no con igual intensidad. El tiempo ejerce una acción destructora rapidísima en nuestras pasiones cuando solo están sostenidas por recuerdos y esperanzas. Se avivan á medida que aumentan las probabilidades de satisfacerlas, y mueren cuando estas desaparecen. Así es el corazón humano, digo, el mio.

—No pudiendo permanecer en París, á causa de la Revolución, que, como horrible apéndice, siguió á la guerra me trasladé á Versalles, donde se había establecido el gobierno.

El Parque, principalmente el *Japis-Vert*, era por las tardes el punto de reunión de todos los que huyendo de la anarquía de París se habían refugiado cerca del Gobierno; pero por los mañanas se hallaba casi siempre desierto, y era precisamente cuando más me agradaba. Unas veces leyendo, y otras entregado á mis propios recursos imaginarios pasaba dulcemente aquellas horas en alguna recóndita glorieta, formada entre elevadísimos árboles con estatuas y bancos interpuestos. Las fuentes con sus recipientes llenos aun de agua ya verdosa, resto de antiguas fiestas, producían en el ánimo una impresión de indecible melancolía, por representar, así como las estatuas, la suspensión de la vida. El estruendo lejano producido por la formidable batería establecida en las alturas de Montretout, para demoler el fuerte de Yssi, venía á interrumpir de cuando en cuando aquel apacible silencio, que permitía oír el más ligero rumor en las hojas de los árboles, agitadas por la brisa el canto de algún pajarillo, y hasta el pin... pin... pin, acompasado y lastimero de la fuente que aun goteaba.

Así como un cuadro, si especialmente representa un paisaje,

por bien pintado que esté, hace un pobre efecto visto en un jardín, así una hermosa estatua no nos produce en un museo la misma impresión que en un parque, porque la luz del sol y la rica ornamentación de la naturaleza, que destruyen los efectos del arte pictórico, realzan por el contrario las bellezas del arte escultural, formando con ellas un conjunto armonioso que cautiva sobremedura nuestro ánimo. Sin embargo para que la vida que prestamos à estas obras de arte entre en comunicacion mas íntima con nuestro espíritu, se requiere una soledad absoluta.

Disfrutando yo de este aislamiento en una mañana de la segunda quincena de Mayo me sorprendió el sonido de una voz que conmovió todo mi ser. Corro presuroso en su dirección, y, ¡oh sorpresa! me hallé en presencia de mi amiga acompañada de su niña, y de la doncella como la primera vez que la ví hacia precisamente un año en aquel día.

Mi emoción fué grande, mucho mayor que la suya, como que para ella no había habido sorpresa, pues según me dijo, me había visto pasar en aquella dirección, y llevaba la seguridad de encontrarme. Me pareció moralmente cambiada, y se manifestó tan expansiva como si estuviera completamente libre. Y, cosa rara, à mí me sucedía en aquel momento todo lo contrario. Me hallaba con el ánimo comprimido, como si temiese que aquel inesperado encuentro, tantas veces deseado, viniese à turbar la dulce calma en que ya vivía. Tanto desconfiamos de la dicha que cuando impensadamente se nos ofrece tememos oculte alguna desgracia!

Me dijo que su marido estaba ausente, y que en adelante podríamos vernos sin inconveniente, no en Versalles, por hallarse allí accidentalmente en compañía de una familia amiga, sino en París, adonde podríamos regresar en breve, puesto que la insurrección había sido ya dominada.

Aquel inesperado encuentro produjo en mi ánimo un efecto extraño. Los peligros que mi amiga parecía ya no temer, oscurecían entonces mis ilusiones, y casi estaba inclinado à sacrificarlas; ¡ojalà hubiera persistido en ello! toda vez que no podían realizarse de una manera completa. Cuando desaparece un obstáculo para nuestra dicha, un espíritu contradictor, que nos persigue siempre, levanta otros con el objeto, sin duda, de que nuestra vida se pase en un perpetuo malestar. El amor propio, sutil vigilante de nuestras acciones; el temor que aquella persona querida pudiese notar

una falta de consecuencia en mis sentimientos; y, por otro lado, la vehemencia de los suyos, todo esto contribuyó á desvanecer, poco á poco, en mi ánimo el efecto de aquella lúgubre idea; y una vez reinstalados en nuestros respectivos domicilios de Paris, nos arrojamos en brazos de una felicidad insensata.

### IX.

Mi amiga venía casi diariamente á mi casa; comíamos con frecuencia juntos, ya en mi domicilio ya en los gabinetes de los *restaurants* mas afamados. Proyectábamos y realizábamos sin cesar excursiones de recreo por los alrededores de Paris, refugio encantador de amores ilícitos, que nos ofrecia grande atractivo, porque cuando la posesion de la dicha no es legitima procuramos apartar de nuestra mente con movimiento y distraccion incesantes las ideas que pudieran entristecernos.

Pero aquella felicidad oculta no podía ser duradera, ni completa: las precauciones mismas que teníamos que tomar para conservarla amargaban nuestra existencia.

Nos absteníamos, por supuesto, de presentarnos juntos durante el dia en ningun sitio público; y siempre encerrados en carruaje cuando salíamos, aun por la noche, parecíamos condenados á una prision perpetua.

Una noche que habíamos comido en un gabinete del Café Inglés, al salir para entrar en el coche, en el momento mismo de atravesar la acera, pasó un individuo que fijó con sorpresa la vista en nosotros.

—Por nada hubiera querido, dijo mi amiga, que ese sujeto me hubiese conocido.

—Pues qué respondí, sería tan vil?...

—Sí, sí, repuso: está resentido de mi, porque he desairado sus pretensiones amorosas; y mi marido que lo ignora, tiene depositada en él gran confianza.

Pero aquella nube se disipó, así como los sombríos presentimientos que en un principio nos asaltaban, habiendo contribuido poderosamente á ello una carta que mi amiga recibió de su marido en la que le decia que su ausencia de Paris se prolongaría quizá por otros tres meses mas. Pero no fué tan larga nuestra dicha.

Al retirarnos por las noches solia yo acompañar á mi amiga en el coche, y apearme y despedirme de ella á una distancia respetable de su casa; pero libres ya de todo temor, una necia confianza, nos hizo descuidar precaucion tan prudente; y al acercarnos una noche, casi al llegar á su casa:—Ay! exclamó, mi amiga. Estamos perdidos! Mi marido!

Se paseaba este en la acera delante de la verja que rodeaba el hotel. Nuestra sorpresa fué tan grande y tan apremiante la situacion que no habia medio de concertar ningun plan. Dije, sin embargo, al cochero: *Suivez!* pero casi al mismo tiempo el marido gritó: *arrétez!* con tal energia que el imbécil cochero obedeció.

El mismo marido abrió con violencia la portezuela: dirigió á su esposa una palabra afrentosa; y sin prestar oidos á mis protestas: *Bien, bien!* contestó, *estoy enterado. Nada de palabras. Aquí tiene usted mi tarjeta, deme usted la suya, y concluyamos. Mañana enviaré á usted mis testigos.*

Inutil fué toda explicacion! Regresé á mi casa en el angustioso estado que ustedes pueden imaginarse. Yo me exasperaba contra la imprudencia que una obcecacion imperdonable me habia hecho cometer; y despues de mil vacilaciones, queriendo ante todo salvar á mi amiga, protesté de su inocencia de la manera mas elocuente en una carta que diriji, acto continuo, á su marido, diciendole que la satisfacion que exigia era improcedente, y que no conseguiria mas que dar un escándalo perjudicial á su honor. Llevaba mi carta el acento de una conviccion profunda; pero yo ignoraba cual habria sido la conducta de mi amiga; y por lo tanto no podia inventar ningun esclarecimiento favorable del hecho.

El duelo en perspectiva no resolvia la cuestion, porque, aunque yo me prestase á la venganza de aquel hombre, y me dejara matar por él no remediaría con esto la suerte de su esposa, cuya vida me interesaba más que la mia.

Y, si del lance resultara lo contrario, ni ella ni yo podriamos vivir tranquilos. A quien yo deseaba exterminar era al vil denunciante; pero ni le conocia, ni podia averiguar entonces quien fuese ni aquella venganza reportaria utilidad alguna. Pasé la noche en estos crueles combates; y despues de mucho deliberar, y con el corazon torturado por mil remordimientos me dirigí á la Estacion del camino del Norte y tomé pasaje en el primer tren que salió con destino á Londres.

Para resguardar nuestra existencia de peligros inminentes, nos ha dotado la naturaleza de una prevision instintiva, que, por lo mismo, no preocupa nuestra inteligencia; pero la circunspeccion intelectual indispensable para salvar los escollos que se ocultan en el trato social, peligrosos cuando no observamos una conducta regular, es deficiente, porque llega á cansar el espíritu robando todo el placer de la vida. Hay caracteres propios, el mio no lo es, para ejercer esta constante vigilancia, tanto mas necesaria cuanto que el menor descuido, como ustedes acaban de ver, ó una palabra indiscretamente pronunciada, pueden ser causa de desgracias doblemente lamentables, pues á ellas se agrega el pesar de la imprudencia que las ha originado.

Y ahora, señores, ustedes me dirán si me he conducido bien ó mal. El marido ofendido era un general del ejército francés y.....

Al oír esto el grave, que habia prestado á todo la mayor atencion dijo incorporándose convulso, con los puños apretados y el entrecejo ferozmente fruncido.

—Luego..... ¿usted es D. Fernando de Aguilera!

—Servidor de usted! balbuceó nuestro interlocutor con el asombro pintado en el semblante.

—¡Ajo! Yo soy Roberto Escobar! repuso el grave, en actitud cada vez mas agresiva.

—¡Cobarde! añadió, ya habia perdido la esperanza de encontrar á usted, pero ahora no se me escapará. Usted ha sido causa de la muerte de mi pobre hermana y de la desgracia de mi familia; y de penas crueles, que no pagaría usted con cien vidas!

Nosotros oíamos estupefactos aquellas palabras acentuadas con creciente ira.

—¡Miserable! añadió, arrojándose de repente como una fiera al cuello de Aguilera.

Acudimos entonces el joven y yo á separarlos, armándose en un instante un tumulto indescriptible, vociferando todos á la vez sin comprender nadie nada. Hasta el ruido del tren parecia mayor en aquellos momentos; y los silvidos de la locomotora mas frecuentes, agudos y prolongados, todo parecia aumentar la confusion de aquella refriega.

—¡Calma! señores, por favor! gritábamos nosotros. Semejante proceder es indigno de caballeros. ¡Calma! ¡calma!

Al fin logramos separar á los contendientes, que con la respira-

ción anhelante, y sin arreglarse el deshecho cuello de la camisa se retiraron á sus asientos, cubriéndose el rostro con las manos.

## X.

No era posible esperar, despues de aquella tremenda escena que los ànimos se tranquilizasen de repente. Siguió á la borrasca un largo y sombrío silencio, ni el jóven ni yo nos atreviamos á pronunciar un monosilabo, temiendo renovar la pendencia. Solo al cabo de largo rato, sin perder de vista á los contendientes, cambiábamos entre nosotros algunas palabras relativas al tiempo, y al viaje con objeto de imponer un tono de tranquila indiferencia en aquella agitada atmósfera. La empresa era difícil y la situación fastidiosa en extremo. Entonces se percibia distintamente el ruido del tren en su marcha ordinaria, y se convertia en mi mente en las palabras: *qué es eso?—qué es eso?—qué es eso?* cada vez más claramente pronunciadas. Y luego aumentando la velocidad parecia decir: *esperar! esperar! esperar!* que nuestra imaginacion á todo presta vida, inteligencia é intencion. Asi las vibraciones sonoras nos reflejan ideas, y con las nubes formamos y transformamos séres monstruosos y quiméricos.

Deseaba yo llegar cuanto antes á una estacion para trasladarme con uno de los contendientes á otro coche, pero no podia comunicar mi idea al jóven para que la secundase. Aceleró el tren, por fortuna, la marcha, y pocos minutos despues llegamos á Venta de Baños.

El jóven á quien debió de ocurrir la misma idea que á mi, invitó en el acto al Sr. Aguilera á salir; y yo hice igual proposicion al Sr. Escobar, que se hallaba á mi derecha. Nos dirigimos silenciosos al comedor de la fonda, llena entonces con el contingente de viajeros de las lineas del Noroeste. Comunicé al jóven en un momento oportuno mi proyecto—Me contestó que habia pensado del mismo modo, y se separó de nosotros con Aguilera. Entonces invité al Sr. Escobar á cambiar de coche, pero me dijo:

—Ca! Quiere usted que ese se escape segun acostumbra? Usted añadió puede buscar si gusta, compañía más grata. Deploro lo ocurrido, y ruego á usted y á su compañero que me perdonen.

Confieso que no he obrado bien. Hubiera debido observar una conducta mas prudente, pero no me ha sido posible.

Sonó en esto la campanilla de aviso. Lo viajeros se precipitaron al tren: ya se habian instalado tres en nuestro coche; y al momento de emprender la marcha entró el jóven precipitadamente y se sentó á mi lado. Escobar se reclinó en un rincon y no se movió durante el resto de la noche,

El joven me dijo que Aguilera se habia quedado en Venta de Baños para continuar á Santander, que era el término de su viaje; pero como no podiamos hablar del caso sin llamar la atencion de Escobar y demás viajeros, nos apeamos en la estacion inmediata.

—Sabe usted, dijo el jóven, aprovechando los escasisimos momentos de que podiamos disponer, que la escena que hemos presenciado me recordó aquel episodio de la guerra de Granada «*Tu eres Don Alonso, mas yo soy el Feri de Benastepar*» Y á propósito; ya que hemos conocido los nombres de nuestros compañeros de viaje de una manera tan singular, diré á usted que yo me llamo Rafael Herrera para lo que guste mandar, y me dió su tarjeta con las señas de su domicilio en Madrid. Correspondi de igual modo á su atencion. Se quedó en San Sebastian. Al despedirse de nosotros, volvió el Sr. Escobar á lamentar su proceder, pidiendo por ello excusas, y añadió:

—Habrà llamado á ustedes la atencion la tranquilidad de mi espíritu despues de la borrasca; pero esta tranquilidad no es más que aparente. Cuando al entrar ayer en el coche vi que habian desaparecido el saco y manta de Aguilera comprendí que se habia quedado oculto en Venta de Baños, y que no era fácil arreglar allí nuestro altercado, tanto más cuanto que no podia yo interrumpir este viaje, sin grave perjuicio para los intereses de mi familia. Pero ya le buscaré y encontraré en sitio más oportuno.

Le dijimos que desistiese de ello toda vez que no conseguiría ya reparar la desgracia.

—Pero mientras él viva, repuso, una voz interior me pide venganza!

Escobar se quedó en Biarritz y yo continué á París.

Así terminó aquel viaje que habia empezado bajo tan alegres auspicios.

## EPÍLOGO.

Dos años despues me hallaba yo; una tarde del mes de Agosto, paseando en el boulevard de los Italianos, indeciso acerca del *restaurant* en que habia de comer, cuando sentí dos golpecitos en el hombro; me vuelvo, y, cual no sería mi sorpresa al encontrarme con D. Rafael Herrera!

—Qué feliz encuentro exclamé! Vamos á comer juntos.

—En dónde?

—En el Maulin Ronge.

Tomamos una victoria, y un cuarto de hora despues nos hallá-bamos ya comiendo en aquel alegre jardín.

—Y bien! dije á mi amigo; dónde estarán nuestros célebres com-pañeros de viaje Escobar y Aguilera?

—En el otro mundo, me contestó:

—He tenido noticia de lo ocurrido entre ambos por un amigo mio de Cadiz que conocia á Aguilera. Me dijo que este, al fin habia tenido que batirse con Escobar, que el duelo se habia verificado á pistola en los Pirineos, y que Escobar habia quedado muerto en el lance. Aguilera, no pudiendo sobrevivir á aquella segunda desgra-cia, quince dias despues se pegó un tiro.

—Era indudablemente, dije yo, más generoso, y mucho más simpático que Escobar.

—Cuando tuvo noticia en Londres, continuó Herrera, de la en-fermedad y muerte de su amada, que acaeció á los pocos dias de la sorpresa del general, emprendió Aguilera largos viajes, y por esta razon no le habia podido encontrar Escobar.

Bebimos á la memoria de los muertos una botella de Corton.

—Desde aquella escena decia Herrera sello mis labios en los viajes. No me aventaja en esto el inglés más grave.

Pasaron entonces á nuestro lado dos elegantes damas que nos echaron una ojeada llena de malicia:

—Las invitamos? me preguntó mi amigo.

No hay, por mi parte inconveniente, repliqué:

—Al menos estas no tendrán por esposo á ningun general.

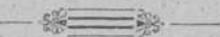
—Ca! Al contrario, ellas son las *generales*.

DAVID PRADA.





# REFORMA DE LA ORTOGRAFÍA CASTELLANA.



(CONTINUACION)

## CAPÍTULO I

### Letras

Todos los defectos é irregularidades que, en cuanto á las letras, ofrece nuestra ortografía y he enumerado en los 22 párrafos anteriores, quedan corregidos haciendo las modificaciones que voy á indicar, razonándolas, en las siete reglas de este capítulo.

REGLA 1.<sup>a</sup> El sonido *je* se escribirá siempre con *j*, cuyo nombre será *je*, y la *g*, que se llamará *gue*, se pronunciará siempre como en *gato*, viniendo, por lo tanto, á ser inútil la *u* que, para darle este sonido, se interpone en las sílabas *gue*, *gui*, y la diéresis, que hoy se necesita cuando hay que pronunciar esa *u*. Ejemplo: *la antigüedad tuvo jenerales famosos en la gerra.*

Esta innovación, que hará desaparecer las irregularidades señaladas en los párrafos 1, 7 y 19, no puede ser más lógica y natural.

Por de pronto la *g* tiene su origen en la *gamma* griega, que siempre suena *gue*. Este mismo sonido le dan invariablemente los alemanes, como se observa en *gegen* (pr. gueguen) y

muchas veces los ingleses, por ej: *given* (pr. *guifn*), y nada justifica la irregularidad de las sílabas *ge, gi*, en todas las lenguas novo-latinas y sus dialectos.

Además es preciso observar que hay una gran anomalía en nombrar esta letra con el sonido de la *jota*, no tan sólo porque así se dá el sonido alfabético *je* á dos signos y el *gue* á ninguno, lo cual es ya bastante absurdo, sino muy principalmente porque el sonido característico y propio de la *g*, á despecho de su nombre, es precisamente el de *gue*. En efecto, sólo en *dos* casos, cuando le sigue *e, i*, toma el sonido prestado de la *jota*, y en *todos* los demás tiene el de la *gamma*. Así se pronuncia cuando le sigue *a, o, u*, (*ga, go, gu*,) cuando forma sílaba inversa con las cinco vocales, (*ag, eg, ig, og, ug*,) cuando le sigue cualquier consonante (*gla, gle, gli, glo, glu; gra, gre, gri, gro, gru*). Aunque no se reformase la ortografía, sería ya un gran adelanto, por lo que facilitaría el aprendizaje de la lectura, el devolver á esta letra el nombre que le corresponde y ha perdido hace tiempo (1).

Por último esta reforma haría desaparecer la aparente irregularidad que presentan todos los verbos terminados en *ger, gir*, en los cuales hay que trocar la *g* en *j* cuando sigue *a, o*, para conservar la regularidad en la pronunciación, como se vé en *coger*, que hace *cojo, cojamos*, etc., en *aflijir*, de que sale *aflija, aflijan*, etc.

REGLA 2.<sup>a</sup> El sonido *ze* se deberá escribir siempre con *z*, llamando *ze* á este signo, y la *c*, que se denominará *ke*, tendrá en todos los casos el mismo sonido que en *casa*, viniendo por tanto á quedar vacantes la *h* y la *q* y á ser inútil la *u* interpuesta entre ésta y las vocales *e, i*. Ejemplo: *cerido Ignazio*.

Hay para esta modificación las mismas razones que para la anterior, y con ella desaparecerían las anomalías enumeradas en los párrafos 2, 6, 8 y 19.

Procede la *c* de la *cappa* griega, cuyo sonido es invariablemente el de *h*. Para la representación de esta gutural la lengua alemana ha sido tan lógica como para la *gue*, pues ha adoptado para transcribir la *cappa*, un signo, la *h*, que no altera su sonido porque le siga *e, i*.

A primera vista parece que nosotros deberíamos también aceptar este signo, que, aunque extraño á las lenguas novo-latinas, ocupa hace tiempo un lugar (bastante ocioso por cierto) en los alfabetos de éstas, y ha empezado á tener algún empleo desde que, atropellando la etimología griega, la adoptaron en la palabra

(1) El nombre ajeno que lleva la *g* induce á error á muchos. Así, he oído á algunas personas doctas pronunciar *Ijaacio, dijuidad*; y mi segundo apellido *Mieg* (alemán) es pronunciado por todos *Miej*.

*kilo* los inventores del sistema métrico. (1) Defiende esta opinión, entre otros, el taquígrafo Sr. Cortés y Suaña, fundándose en que nada tenemos que aprender para silabear *ka, ke, ki, ko, ku*, lo cual no sucedería con la *c*, pues nos costaría gran trabajo llegar á leer *que, qui* en *ce, ci*.

Prescindamos, por el momento, del trabajo que pudiera costar el acostumbrarse á silabear con la *c* como sí fuera *k*; en la 3.<sup>a</sup> parte se verá que propongo un medio seguro para conseguirlo sin dificultad alguna, y por de pronto no perdamos de vista que se trata sólo de *dos* casos anómalos que rectificar, las sílabas *ce, ci*, puesto que en *todos* los demás, como he hecho observar arriba, el silabeo con la *c* es exactamente igual al de la *k*. En cambio nos es familiar, al paso que con este último signo resulta muy chocante para nuestra vista. A trueque de la pequeña ventaja de tener vencida desde el primer momento la dificultad de las dos sílabas *que, qui*, escribiéndolas *ke, ki*, nos encontraríamos con la inmensa desventaja de tener que alterar la escritura de *todas* las innumerables palabras en que entra esa articulación gutural: *hasa, keso, kitar, kosa, kura, direktor klaro, krema*, etc., etc. Adoptando la *c*, quedarían intactas la inmensa mayoría de las voces en que entra este sonido.

Y no puede invocarse, para hacernos pasar por el aspecto ridículo que tomaría nuestra escritura con esa profusión de *kas*, la ventaja de que por lo menos se habrían salvado dos casos; porque las dos sílabas *ke, ki*, (*keso, kitar*) quedarían tan ridículas como las demás, lo cual no ocurriría escribiéndolas *ce, ci*. De modo que no subsiste más inconveniente que la dificultad de pasar de su actual silabeo *ze, zí*, al *que, qui*, dificultad ilusoria, puesto que una vez convenido el valor alfabético de la *c*, nadie titubeará, y que, como he dicho, queda en absoluto desvanecida con el procedimiento gradual que propongo en la 3.<sup>a</sup> parte de este escrito.

Es aplicable á la *c*, nombrada con el sonido de la *zeda*, todo lo dicho acerca de la *g*, que denominamos con el de la *jota*. Se dá el valor alfabético *ze* á dos signos y el *que* á ninguno (si prescindimos de la *k*, que, aunque figura en nuestro alfabeto hace tiempo, la misma Academia ha dicho en su Diccionario que no tenía empleo alguno.) Además, como se ha visto, el valor característico y propio del signo *c*, es *que*, á despecho de su nombre,

(1) De *jilioi, suib*, no puede formarse *kilo* sino *chilio* y á lo sumo *chilo*, pues la *ji* equivale á *ch*, y todas las palabras que, conteniendo dicha letra, pasaron *græco font* al latín, la cambiaron en *ch*. Interpretando la *ji* por *k* la palabra está completamente desconocida y mutilada. Debió escribirse *chilometro chilogrammo*, como se escribía antes *archeologia, chimica*; y hoy pondríamos *quilómetro, quilógramo* como ponemos *arqueologia química*.

Toda la nomenclatura del sistema métrico está hecha con el mayor descuido de la etimología griega.

puesto que sólo en *dos* casos, cuando le sigue *e, i*, toma el sonido prestado de la *zeda* y en *todos* los demás tiene el de la *cappa* griega. Así se pronuncia cuando le sigue *a, o, u*, (*ca, co, cu,*) cuando forma sílaba inversa con las cinco vocales (*ac, ec, ic, oc, uc,*) cuando le sigue cualquier consonante (*cla, cle, cli, clo, clu; cra, cre, cri, cro, cru*). Aun sin pensar en reformar la ortografía, sería ya un gran adelanto para facilitar el aprendizaje de la lectura el dar á este signo el nombre que de derecho le corresponde (1).

La innovación que acerca de la *c* propongo, permitiría presentar de un modo natural la irregularidad de los verbos terminados en *acer, ecer, ocer* y *ucir*. Considérase actualmente como irregular la introducción de la *z*, antes de la *c* radical (*nazco, agradezco, conozco, luzco,*) cuando en realidad de verdad lo anómalo es la *c* (con el sonido de *k*), que entra en estos tiempos y personas. La Academia incurre aquí, á sabiendas probablemente y en obsequio á la sencillez, en una evidente contradicción; pues advierte, con mucha razón, que «la identidad de letras radicales y terminaciones que se establece para distinguir los verbos regulares de los irregulares, no se destruye con las leves mutaciones á que obliga á veces la ortografía», y cita, entre otros casos, el cambio en *z* de la *c* radical de los verbos terminados en *cer cir*; por eso considera como regulares los verbos *mecer* y *remecer*, que hacen *me-o, rez mezo*; pero esto demuestra palpablemente que no es la *z* sino la *c* con sonido de *k*, la que constituye la irregularidad de los verbos terminados en *acer, ecer, ocer* y *ucir*. El signo *c* juega dos papeles diferentes en estos verbos, cuya última consonante radical es real y verdaderamente la *z* cambiada en *c* por razón ortográfica (capricho ortográfico, diría yo) en el infinitivo, lo cual no constituye irregularidad, porque no altera el sonido característico de *zeda*; y es *c* con sonido de *k* siempre que la terminación principia por *a, o*, cambio de articulación, en el cual únicamente puede consistir y consiste la irregularidad de estos verbos. Esta irregularidad quedaría de manifiesto adoptando la ortografía que propongo, y se enunciaría diciendo: «los verbos terminados en *azer, ezer, ozer* y *ucir*, toman una *c* (pron. *que*) después de la *z* (pr. *ze*) radical (*nazco, agradezco, conozco, luzco*).

Si alguna duda queda acerca del error que aquí comete la Academia, se desvanecerá con sólo observar lo siguiente: si la irregularidad consiste en la adición de la *z* antes de la *c* radical, como dice, suprimase esta *z* y habrá desaparecido, resultando de *nacer naco*, de *agradecer agradezo* etc. La equivocación de la Academia, si no es intencionada, proviene de no haberse fijado en que la *c*

(1) El nombre usurpado que lleva la *c* induce, como en la *g*, á una equivocación en que incurren aun personas doctas, y he oído pronunciar algunas veces *director*, etc.

(*ze*) radical es el signo *z* y no el *c* en las personas irregulares de estos verbos; esta es una prueba más de lo inconvenientes que son los signos con dos valores fónicos.

Otra gran ventaja de escribir siempre con *z* las sílabas *ze*, *zi*, en las que nuestra ortografía prescribe la *c*, sería la de suprimir, en la formación de muchos plurales, una irregularidad aparente idéntica á la de los verbos. Si para el oído no hay nada de anómalo en formar de *mezer*, *mezo*, tampoco lo hay en que el plural de *luz* sea *luzes*; pero es innegable que esta «leve mutación ortográfica» constituye por lo menos una molesta irregularidad gráfica, y sería mucho mejor escribir de *mezer mezo*, de *luz luzes*. Poco nos importa que los latinos formasen con *c* estos plurales; porque prescindiendo de que no podemos afirmar que no fuese gutural su *c* y que no pronunciasen de *lux* (*luks*) *lukses*, el hecho es que en castellano estas palabras tienen para ambos números la articulación linguo-dental, que nos ha hecho trocar en *z* la *x* de *lux*, *vox*, etc. Y si hemos conservado la *c* latina para el plural, es porque este signo posee también el valor fónico linguo-dental.

Por último es más breve y cursiva la *c* que la *k*.

REGLA 3.<sup>a</sup> El signo *r* se empleará sólo para la *ere* (suave), y la *erre* (fuerte) se escribirá siempre *rr* (véase adelante el signo único para la *rr*). Ejemplo: *rraro*.

Con esta modificación, desaparecerían los defectos señalados en las irregularidades 3 y 10.

Nuestra Academia, en sus últimas ediciones, ha dado un gran paso que prepara esta reforma, cual es el de prescribir que en fin de renglón no se dividan las dos *rr*, que en castellano forman siempre una articulación única, imposible de confundir con la *r* sencilla no inicial, y disponer que se emplee el signo doble en las voces compuestas, como *carirredondo*, *pelirrubio*, *manirroto*, *subrrayar*, *abrrrogar*, *abrrrepción*, *prerrogativa*, *prorrogar*, *pararrayo*, etc., etc.; pero conserva el signo sencillo con el sonido del doble en principio de dicción, como en *rama* y después de *l*, *n*, *s*, como en *malrotar*, *honra*, *israelita*.

Hay que aplaudir esta innovación por lo que puede aprovechar á la reforma ortográfica, mas no por ello hemos de dejar de conocer que ha presidido en ella escaso tacto. Con ó sin las excepciones hechas, hay que confesar que el cambio choca á la vista más que otros que la Academia no quiere admitir; pero es tan lógico que no se comprende por qué no se ha extendido también á los casos en que preceden las letras *l*, *n* ó *s*. Sospecho se haya tenido en cuenta, para proceder así, que en estos casos, como en principio de dicción, la lengua castellana no admite jamás el sonido *r* (ere suave) y no ha lugar á dudas; pero no veo yo que esta sea una razón para emplear por lo mismo este signo.

La duplicación en principio de un vocablo, hubiera podido parecer muy violenta, y es admisible la excepción en este caso, por ahora al menos. Pero no hay nada que la justifique en medio de la palabra cuando á la *r* preceda *l*, *n* ó *s*; porque, prescindiendo de que son muy contadas las voces castellanas en que esto ocurre, la novedad hubiera sido menos chocante que para las dicciones compuestas cuya segunda parte empieza con *r*. En efecto, acostumbrados á escribir con el signo sencillo esta segunda parte cuando vá sola, porque entonces es inicial y no tolera la Academia que se duplique, se hace por demás extraña la duplicación, que ella misma ordena, cuando se forma la voz compuesta. No puede, en efecto, menos de ser chocante el derivar de **rolo manirroto**, de **rogativa prerrogativa**, de **rayo pararrayo**, etc: subiendo la anomalía de punto cuando, cortada la palabra en fin de renglón, hay que escribir **mani-rroto**, **pre-rrrogativa**, **para-rrayo**.

Para evitar esta especie de contradicción era preciso haber prescrito á la vez el empleo del signo doble en principio de vocablo, escribiendo resueltamente **rroto**, **rrrogativa**, **rrayo**.

Esto no sucede con las voces que tienen *r* precedida de *l*, *n* ó *s*, en medio de dicción, exceptuadas de la duplicación; porque no siendo compuestas, en general, nunca ha de emplearse sola la mitad que empieza con *r* y nada significa. Así, no puede separarse *ra* de *honra*, ni *raelita* de *israelita*, ni aun *rotar* de *malrotar*; por eso chocaría menos el empleo del signo doble en estos pocos vocablos en que, según la ortografía oficial, no nos es lícito hacerlo, que en las voces compuestas, en que está permitido y aun prescrito.

REGLA 4.<sup>a</sup> El sonido vocal *i* se escribirá siempre con *i* latina y la articulación *ye* con *y* griega ó consonante. Ejemplo: **yo so<sup>i</sup>**.

Esta innovación corregiría las irregularidades 4, 11 y 12.

Poco hay que decir para justificar este modo de escribir tan sencillo y lógico, empleado tiempos atrás por los PP. Escolapios y hoy en uso en la República de Chile. (1)

La índole especial de nuestra lengua no permite que pronuncemos *i* vocal precediendo á otra vocal, como no formen ambas un diptongo, á que necesariamente ha de anteceder una consonante, como en *tieso*, porque la *i* latina ó vocal no puede herir á otra vocal. Si hay antes una consonante, como en el ejemplo citado, ésta hiere á las dos, que forman el diptongo. Suprimida esta consonante, la *i* se articula ó convierte ella misma en consonante, para herir á la otra vocal, y desaparece el diptongo, como se observará quitando la *l*, en cuyo caso la palabra no puede ser *ieso*, sino *ieso*. De aquí la equivocación de los que confunden la

(1) Se anuncia que ésta ha resuelto adoptar la ortografía de la Academia Española.

escritura de las voces *hierro* y *yerro*, que se pronuncian exactamente lo mismo (*yerro*), pues la *h* es muda; de aquí también la ambigüedad de algunas palabras que la Academia autoriza á escribir de las dos maneras, como son *hierba* ó *yerba*, *hiedra* ó *yedra*, *hieros* ó *yeros*. Por eso los químicos españoles dicen y escriben *el yodo* y de ninguna manera *el iodo*.

Por el contrario la *y* (consonante) no puede formar sílaba inversa con ninguna vocal: se hace latina como *soy rey*, que se lee *soi rei*.

Cuando está sola, como en la conjunción *y*, no puede evidentemente ser consonante.

Nótese, por último, que la *y*, llamada en nuestras escuelas *y consonante* ó *ye*, no puede acentuarse jamás, como se acentúan todas las vocales.

REGLA 5.<sup>a</sup> Toda letra que no se pronuncia en ciertos casos, se omitirá en la escritura de los mismos. Ejemplo: *trasposizion oscura*.

Esta regla evita las irregularidades números 20 y 21.

No hay que hacer profundos estudios lingüísticos, para observar en la evolución de las lenguas románicas una ley de simplificación constante en el sistema de articulaciones, ley en virtud de la cual disminuye de una manera visible el concurso de consonantes, suavizándose la pronunciación. Así, en lugar de *trasparente*, *oscuro*, *subscriber*, etc., etc., decimos (y escribíamos antes de la novísima reforma hecha por la Española) *trasparente*, *oscuro*, *suscritor*. Asimismo los italianos, que en esta dulcificación de consonantes nos preceden, han ido aun más lejos; y no sólo pronuncian y escriben *trasparente*, *oscuro*, *soscrittore*, sino que han perdido también la *n* del prefijo *in* seguido de *st* que nosotros conservamos todavía, como en *instrumento*, que para ellos es *istrumento*, y hasta en muchos casos han trocado en *i* la *l* líquida, según se observa en las voces *piano*, *piacere*, etc. Esta preferencia marcada por las articulaciones sencillas, que se nota en los países meridionales, en que gusta la pronunciación perezosa y, hasta cierto punto, lenta, que resulta de la concurrencia de vocales en los diptongos y triptongos, constituye una distinción bien definida entre la raza latina y los pueblos del norte, que consideran desagradable el hiato y prefieren la brevedad, aun á costa de difíciles articulaciones. Francia, que á pesar de la raza, no debe ya, por su latitud, considerarse como meridional, y en que la mezcla con elementos normandos y teutónicos no puede menos de haber influido en el idioma, huye también del concurso de vocales y sigue muy lentamente y de lejos el movimiento de simplificación en el sistema de consonantes, dando mucha y muy marcada preferencia á la rapidez en el decir que resulta for-

mando sonidos únicos con la fusión de dos ó más vocales, de lo que ha resultado un vocalismo tan rico, que en lugar de las *cinco* únicas vocales que posee el castellano, tienen ellos *diez y seis*, según el distinguido lingüista Mr. Paul Passy.

Ahora bien, una vez reconocida esta marcha, es inútil oponerse á la corriente, negándose á suprimir en la escritura letras que en la pronunciación cayeron; es sobre todo pernicioso el empeño de restablecer las que, por haberse perdido, habíamos dejado de escribir; y la Academia al dar esta disposición tardía, se contradice á sí misma; puesto que ella reconoce y explícitamente admite que el *uso* es uno de los tres fundamentos de nuestra ortografía.

Las consideraciones que preceden me parecen más que suficientes para justificar la regla que propongo, y preceptuar la supresión de cualquier letra cuando no se pronuncie. Ciertamente que en este, como en otros puntos, hay casos dudosos, y no es exactamente igual el modo de articular en todas las regiones de la Península y menos en todos los países en que es corriente y oficial la lengua castellana; aun en Castilla, en Madrid, se notan diferencias en palabras del mismo origen, como *sétimo*, que puede ser *séptimo* sin que al oído choque y *setiembre*, que es ridículo pronunciar *septiembre*, por más que así no lo estimen algunos ancianos en cuyos buenos tiempos se conservaba la *p* en esa palabra. Lo natural y lo que la fonografía recomienda, es atenerse al uso más corriente en la generación en que se vive, sin que importe gran cosa que cada cual escriba como pronuncia; pues, prescindiendo de que las divergencias no son muchas y desaparecen á medida que se generalizan las simplificaciones, yo no sé por qué se ha de dar patente de ignorancia al que comete una *falta de ortografía*, empleando ó suprimiendo al escribir tal cual vocablo, una letra dudosa, cuando sin tan *denigrante nota* se admite que cada uno pronuncie como se corriente en su región ó lo era en su tiempo, cometiendo verdaderas *fallas de prosodia*.

En lo que se muestra más indeciso el uso, porque la transformación no ha concluido de efectuarse, es en la supresión de la *n* del prefijo *trans*; y al paso que hay palabras en que la misma Academia la omite resueltamente, porque sería intolerable, como en *trastadar*, *trastornar*, *trasquilar*, etc., en otros casos puede usarse sin temor de incurrir en la nota de afectación, como sucede en *transfigurar*, *transformar*. Sin embargo, no choca hoy lo más mínimo la supresión en tales casos; y puesto que antes de mucho ha de holgar también en éstos la *n*, es lo más razonable uniformar la pronunciación y la escritura, supriéndola decididamente. Aparte de que no siempre se trata de la preposición latina *trans*, sino también á veces de la castellana *tras*, que, empleada sola no admite de ninguna manera la *n*, por ejemplo, *corriendo tras la*

*fortuna*; y aunque su significado (*detrás*), se haya apartado del de la latina. (*à través de*), no es fácil discernir en los compuestos cuál preposición es la que sirve de prefijo.

Entiéndase, no obstante, que hablo sólo de cuando al prefijo sigue consonante, pues apenas se ha iniciado el cambio para las voces en que á *trans* sigue vocal, como en *transitar*, *transeunte*, *transigir*, etc., en que la supresión es absolutamente imposible; se explica bien la fijeza de que aun gozan tales dicciones, si se observa que su pronunciación es fácil, porque no hay concurso de tres consonantes, como arriba, sino sólo de dos, cada una de las cuales se apoya muy bien en una vocal, formando la segunda sílaba inversa y directa la primera: *tran-sitar*. A pesar de lo cual no ha dejado de entrar la piqueta demoledora en algún que otro vocablo de este grupo, pues más se dice *trasatlántico* que *transatlántico*, y *trashumante* no puede decirse *transhumante*.

Debe también omitirse en la escritura alguna que otra consonante á veces muda, cuando lo es, y escribirse cuando suena. Ocurre esto con la *d* final, que generalmente no pronunciamos sino cuando se une á la vocal siguiente, por ejemplo, *usted es amante de la libertad*. En el estilo oratorio se conserva siempre y debe escribirse. En esta terminación se está operando un cambio visible, articulándose por muchos hoy la *d* final como si fuera una *th* inglesa, pronunciación que, en mi concepto, debe considerarse como defectuosa.

CONTINUARÁ

TOMAS ESCRICHE Y MIEG.





## DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL ATENEO DE VITORIA  
POR EL SOCIO DON ALEJANDRO SANGRADOR LA  
NOCHE DEL 8 DE FEBRERO DE 1889  
SOBRE EL TEMA:

### FLAQUEZAS DE LOS HOMBRES CÉLEBRES.



SEÑORES:

La última vez que tuve la honra de ocupar este sitio y la satisfacción de ser oído benévolamente por público tan ilustrado, hablé incidentalmente de acciones y reacciones, de nacimiento, infancia, virilidad, decrepitud y muerte de cuanto existe en el orden físico y en el orden moral, en el individuo y en las colectividades. Hablé de la normalidad de la vida existente sobre la tierra, esencialmente igual en el elefante y el microbio, en la ballena y el infusorio constituyente de la medusa de que tan hábilmente trató en este mismo sitio mi ilustrado amigo el Sr. D. Victor de Velasco; idéntica en la esbelta palmera ó el robusto roble y en la ténue pluma que matiza de colores irisados el ala de la voluptuosa y ligera mariposa. Sin salir de esta normalidad, siguiéndola porque el

Dios creador de los mundos dió leyes generales, inalterables, idénticas á todo cuanto existió, existe y existirá creando el amor en los organismos, que es la atraccion en virtud de la cual los átomos que forman el grano de arena distan y se relacionan entre sí, como distan y se relacionan los átomos relativamente grandes que llamamos astros; sin salir, de esta normalidad pude haberos hablado de las nebulosas, seres embrionarios; de los soles ó estrellas luminosas, cuerpos celestes en su virilidad; de los mundos apagados tierra ó luna, (por ejemplo,) astros decrepitos que desempeñan aparentemente el humilde oficio de espejos reflectantes; y de los asteroides y aerolitos, fragmentos de cadáveres que esperan su resurreccion, materia cósmica en disponibilidad para la formacion de nuevos seres que sufrirán las misma vicisitudes.

Hoy, por el contrario, he de ocuparme de lo anormal, de lo que no podría comprenderse *á priori*, de lo que ha sido necesario que exista y que exista con persistencia antes, despues, ahora para que podamos creerlo. Voy á ocuparme del parásito de la tierra que nos es menos conocido, voy á ocuparme del hombre inteligente, del ser, que merced á esta cualidad, es dueño y señor de los demas, del que á todo se atreve, del que sabe mas que los otros seres sus compañeros en la corteza de la tierra, del que por su aptitud para saber sabrá mas, mucho mas de lo que hoy sabe, del que, no obstante tanto saber, no sabe conocerse á sí mismo.

Habreis comprendido que no me propongo tratar anatómicamente al hombre físico, no; voy á tomar el escalpelo para disecar al hombre inteligente, al hombre ininteligible, al hombre de quien dijo Tácito en el capítulo 22 de su historia que tiene la mania de no creer nada tan firmemente como lo que menos alcanza á comprender. Esto sucedia hace dos mil años y esto sucede hoy. El espíritu humano ha propendido y propende, á pesar de la mayor cultura de nuestra época, á prendarse de lo anormal, de lo maravilloso. De ahí los arúspiecs, los agoreros, los magos de la antigüedad, los duendes, los trasgos y las brujas de la edad media y de ahí tambien la boga reciente de los *apóstoles* gaditanos y madrileños y de las jitanas adivinatoras y de los curanderos, todos los cuales explotan á las ignorantes muchedumbres, al crédulo vulgo al que pertenecen, sin creerlo ni sospecharlo siquiera, muchos que presumen de listos, ladinos y despreocupados.

Por eso los sabios de todas las edades, los filósofos Caton y Favorino que florecieron en los siglos III y II antes de Jesucristo, no pudieron destruir con sus irrefutables argumentos ni con discursos dotados de todo el vigor del buen sentido la afición á las adivinaciones, las cuales, aunque en menor escala, continúan en nuestra época que tanto blasona de escéptica. Por eso no la destruyeron los epigramas ni las sátiras de los antiguos poetas Pavucio y Accio ni la destruirán en algunos siglos las censuras ni el desprecio de los hombres sérios é ilustrados que proclaman el predominio de la dignidad humana sobre la rapacidad de los estafadores quienes como decia el último de los poetas citados doscientos años antes de la era cristiana, «*llenen de palabras los oídos del prójimo para llenar de oro sus casas;*» no menos que sobre la ignorancia de los ilusos y sobre la astucia de los vividores que aparentaban creer que eran los predestinados por las divinidades para mandar y dirigir á sus semejantes.

En la India se creía que le era dado al hombre sobreponerse á la naturaleza y violentar y someter á su antojo á la divinidad, y de esta doctrina absurda nacieron las exorbitantes pretensiones de los magos que hoy asombran y escandalizan á toda persona medianamente ilustrada. De ella las terribles maceraciones de sus anacoretas para dominar las fuerzas naturales y de ella la soberbia de Ravana, quien despues de sugertarse por un indecible espacio de tiempo á cruelísimas pruebas, se prevale del poder que sus méritos le granjearon para atreverse á medir sus fuerzas con las del mismísimo Indra, el dios de los elementos y de las estaciones.

Todo esto que cabía perfectamente en los moldes del gentilismo á causa de la noción que tenían los antiguos de sus dioses allí donde todo era Dios menos Dios mismo, como con gran verdad dice Bossuet, no es hoy lógicamente disculpable cuando el Cristianismo ha proclamado la omnipotencia de un Dios á quien solo aplaca el arrepentimiento, á quien solo agrada la mansedumbre y ante el cual solo la humildad es grande, santa y gloriosa.

Pero basta y aun sobra de exordio y es ya un deber mio llegar al tema anunciado y al cumplimiento de la promesa que acabo de haceros de mostraros al hombre antagónico, y para que su antagonismo os sea más perceptible y para no tener que ocuparme yo de la grandeza de los grandes, os presenta-

ré como lo haría Maese Pedro en su retablo ó como el pintor Blake, asilado en el manicomio de Bedlam, lo hacía en su estudio, á los hombres célebres antiguos y modernos, cargados con sus propios vicios como en la alforja de la fábula, pero en senos tan transparentes que os muestren á la vista sus flaquezas, sus debilidades, su pequeñez, su miseria.

No he de traer á la escena familias, grupos ni colectividades, no os hablaré de los misterios de Osiris, parodiados por una secta que hoy funciona entre nosotros, ni del fanatismo japones que permite á los devotos suicidarse dejándose aplastar por las ruedas del carro sagrado, ni siquiera de un corazoncito de trapo bordado para detener las balas del ejército español, amuleto que todos habeis visto y del que no creo congruente ocuparme.

Erigiéndome en novísimo Merlin, valiéndome de la májia, por mí tan condenada y en la que me han contajado las malas compañías de que os he hablado y hablaré, convertido en *medium* de la no menos ridícula secta espiritista que ha vulgarizado en velador el antiguo tripode sibilino, os presentaré las figuras más salientes de esta humanidad tan pobre como orgullosa, tan avida de saber y de dominar como espuesta á ser dominada por sus propias debilidades. Y como ya os he presentado á Ravana y pudiera suceder que yo no fuera tan fiel intérprete cual deseara al hablaros de semidioses ó de génios como Abasis, de procedencia escítica, que con los huesos de Pelosp hace el Paladium con cuyo amuleto supone que Troya será inconquistable; ó de reyes como Amasis de Egipto que despreciaba á los dioses que le habian absuelto cuando fué acusado de robo y adoraba á los que le habían condenado justificando así que el hombre adora mas comunmente lo que teme que lo que ama, os traeré personajes conocidos y juzgados por la historia.

Aristóteles en un opúsculo acerca de la adivinacion por los sueños dice: Que tan difícil es despreciarla como creer en ella, pero que generalmente se admite, y esta opinion, *precisamente por que es tan comun*, parece digna de alguna atencion, pues no cabe duda ni se puede suponer que no se funda en la esperiencia. Benjamin Constant dice de este sabio estagirista que, asi como Epicuro hizo á los dioses egoistas, Aristóteles los hizo meditabundos como él mismo.

Platon decía, segun Herodoto en el libro 9.º que los sacrifi-



cios y la adivinacion, *esto es todas las comunicaciones de los hombres con los dioses*, no tienen otro objeto que conservar ó curar el amor, pues toda nuestra impiedad procede de que buscamos y honramos en todas nuestras acciones no el mejor sino el peor respecto á los vivos, los muertos y los dioses. El cometido de la adivinacion, añade, es vigilar y conservar estos dos amores, de donde, se deduce que la adivinacion es la autora de la amistad que existe entre los dioses y los hombres porque sabe todo lo santo y todo lo impio que hay en las inclinaciones humanas. Este Filósofo, el más sublime de los pensadores de la antigüedad, creía en la metempsicosis como Pitágoras, consideraba á las ideas como reminiscencias de una existencia anterior y en su *Tímeo* dice que la adivinacion no es mas que un suplemento á la imperfeccion intelectual del hombre.

La sagrada escritura en el cap. 28 del libro de los reyes nos dice que Saul pidió á la pitonisa de Endor que le hiciera aparecer al profeta Samuel; que hecho por ella el conjuro, y habiendose presentado la sombra del profeta, Saul aterrado se inclinó con respeto hasta tocar la tierra con el rostro; y que Samuel, increpándole por haberle molestado haciéndole aparecer, le predijo que el Señor le quitaría el reino y se lo daría á su rival David y, finalmente, que el campamento de Israel caería en poder de los Filisteos.

Alejandro Magno, el génio de la guerra, el que siendo rey del pequeño Estado de Macedonia, estendió sus conquistas por Asia y Africa, el que en la toma de Tebas, despues de un largo cerco, hizo pasar á cuchillo á mas de seis mil prisioneros; atribuía supersticiosamente todas las desgracias que le sobrevinieron despues al resentimiento de Baco que habiendo nacido en Tebas, era el patrono natural de la ciudad. Este gran rey, este afortunado conquistador de la Persia y del Egipto, tuvo la flaqueza de llamarse á sí propio hijo de los dioses y hacerse adorar como tal.

Numa Pompilio, primer rey de Roma despues de Romulo su fundador, sabino de nacimiento, pero elegido por los romanos cansados de gobiernos oligárquicos, era un varon de singular virtud y profundo entendimiento: casado con la hija única del rey Tácio, habiendo enviudado, se retiró de la ciudad al campo donde el vulgo le suponía en relaciones amorosas con la ninfa Egeria; pero las personas piadosas creyeron

siempre que se ocupaba con ella de asuntos religiosos para la mayor honra y gloria de los dioses, así que Ovidio le dedica versos encomiásticos (1) que no digo rindiendo pleito homenaje á la despótica moda quien, si tratándose de franceses, me obliga á pronunciar *Volter* en vez de *Voltaire*, me prohíbe decir en latin lo que los latinos digeron con la mayor elegancia.

En prueba de su gran piedad dedicó Numa un altar á Júpiter Elicio en el Monte Aventino merced al cual, dice Tito Livio, sabia el pueblo donde debía instruirse en materias de religion y esta no se exponia al peligro de contaminarse con ritos extranjeros.

Leamos los escritos de Plutarco, Spartianus, Tácito, Suetonio, Tito Livio y Horacio y todavía encontraremos en ellos romanos ilustres retratados con sus grandes flaquezas é incomprendibles debilidades.

El rey Tarquino Prisco, segun Tito Livio en el libro 9.º preguntó al adivino Návio si era posible aumentar la caballeria contra los Sabinos y como, consultado el vuelo de las aves, le contestase satisfactoriamente y el monarca dudase de la eficacia del conjuro, le dijo: *Pensaba darte esa piedra para que la cortases con un cuchillo: Haz lo que esas aves han declarado posible.* Y como Návio tomase la piedra y la partiese sin dificultad, la referida piedra se conservó en el Senado para eterna memoria del prodigio.

Plutarco en la vida de Pompeyo dice que este vió desde su campo una vivísima luz sobre el de Cesar, que en ella se encendió una antorcha que vino á caer en su campamento y asegura que tambien Cesar vió el mismo fenómeno al relevarse las guardias al amanecer del dia en que tuvo lugar la famosa batalla de Farsalia ganada por Julio Cesar el año 48 antes de Jesucristo, y que uno y otro lo tuvieron por aviso celeste.

Ciceron, segun el mismo autor, dijo que vió en sus sueños á Júpiter que tendia la mano al jóven Cesar y decia á los romanos: *«Ese es el caudillo que pondrá término á vuestras*

---

(1) Conjuge qui felix Nympha, ducibus que Camenis  
Sacrificos docuit ritus, gentem que feroci  
Absuetam bello, pacis traduxit ad artes.  
OVID., *Met...* Libro XV... 3.º

«guerras civiles». Y sin embargo el mismo Marco Tulio Ciceron, el gran orador, el profundo pensador, miembro del colegio de los augures y por ello testigo de mayor escepcion, dice en su *libro de divinatione* escrito contra las supersticiones de su tiempo y en el cual se mofa sin rebozo de los aruspices, astrólogos y adivinos de todo jaez, que era imposible que se encontrasen cara á cara y á solas dos augures sin desternillarse de risa, y añade que todas esas preocupaciones podrán ser muy buenas para el vulgo, pero que el hombre de claro entendimiento debe despreciarlas profundamente.

He puesto en inmediato contacto reyes, emperadores y sabios para hacer observar que si en el espacio de cinco siglos que mediaron entre los primeros y los segundos, las ciencias, las artes y la cultura general habian llegado á su apojeo en el pueblo romano, las supersticiones, esas plantas malditas que tienen aherrojado al espíritu humano, se conservaban en el mismo estado. Si Numa visita misteriosamente á la Ninfa Egeria y Tarquino ve partir con cuchillo la dura piedra; Julio Cesar se atribuye filiacion divina para hacerse adorar como Alejandro Magno y Ciceron, gran jurisconsulto, y tambien gran cortesano y nada creyente, ve á Júpiter en sueños predecir grandes felicidades al pueblo romano.

Del mismo modo, en un solo párrafo y al mismo fin podríamos juntar sin graves inconvenientes cronológicos, á pesar de dos mil años que los separan, el acto de precipitar de la roca Tarpeya con la mayor solemnidad en tiempo del emperador Tiberio al hechicero L. Pituanus y el de arrojar no menos solemnemente á la hoguera al hereje Doctor Cazalla, Presbítero capellan y predicador del emperador Carlos V. en 1559 en la plaza pública de Valladolid en tiempo del rey Felipe II.

Hubiera creído suficientes á señalar las costumbres supersticiosas de los romanos los hechos aducidos y temiendo abusar de vuestra paciencia, habria pasado á describir las de otras edades; pero como la pretericion de los que he de apuntar haria sospechar que he rebuscado los mas salientes, os referiré otros, aunque muy ligeramente, por que sé lo poco que agrada el estilo narratorio, sobre todo cuando es usado por el que, como yo, tiene malísimas facultades para ello, y no olvida el consejo de Horacio: *Quid quid præcipies, esto brevis.*

De Augusto dice Suetonio que habiendo llegado tarde á la

sesion del Senado su padre Octavio á causa del parto de su muger, el senador Nigidio Figulo muy versado en astrologia, cuando supo la hora del nacimiento de Augusto, declaró que habia nacido el Señor del universo. Mas tarde consultó el mismo Augusto al astrólogo Thogenes en Apolonia y este sábio en cuanto tuvo noticia de las circunstancias del nacimiento y compuso el oróscopo se postró y le adoró. Nombrado pontífice Máximo hizo quemar mas de dos mil volúmenes de predicciones griegas y latinas guardando solo algunos libros sibilinos en dos cofrecitos dorados bajo la estatua de Apolo palatino.

Tiverio, de quien antes os he hablado, expulsó de Roma á todos los cultivadores de ciencias ocultas y sin embargo se lee en los anales de Tácito y de Suetonio, que este extravagante tirano estaba entregado en cuerpo y alma á la astrologia y se cubria de laurel al oír truenos por creer que este vegetal tenia virtud preservativa del fuego del cielo.

Neron, segun Plinio en el capítulo 30 de su historia natural, se habia hecho instruir por famosos encantadores para reinar sobre los dioses como reinaba sobre los hombres, y segun Suetonio, este mónstruo de lujuria y crueldad cuando hubo consumado el asesinato de su madre, confesó que la sombra irritada de Agripina le perseguia por todas partes y que las furias blandian ante sus ojos vengadores azotes y ardientes antorchas, y que para apaciguar los manes de la víctima les ofrecia un sacrificio mágico.

El ilustrado Vespasiano, segun Dionisio Casio, fulminaba enérgicos edictos de expulsion contra los adivinos; pero les recompesaba pródigamente sus predicciones cuando le eran favorables.

Alejandro Severo, grave y virtuoso, quiso edificar un templo á Jesucristo, pero no tuvo valor para resistir la oposicion de los sacerdotes idólatras. El Cesar humanitario é ilustrado que hizo inscribir en todos los monumentos públicos la máxima evangélica: *No hagais al prójimo lo que no quisiérais que os hiciesen á vosotros*; consultó no obstante el oráculo de la diosa fortuna en Preneste cuando recelaba de las asechanzas de Eliogabalo é hizo otras varias extravagancias de que se hace eco Spartianus.

Diocleciano príncipe generoso y moderado, habiéndole predicho el oráculo de las Galias que se sentaria en el trono im-

perial cuando hubiese muerto un javalí, asesinó á un prefecto del Pretorio llamado Aper, nombre que en latin es igual al de la fiera señalada por el oráculo.

Marco Aurelio, filósofo por excelencia, tenía á su lado á un mago llamado Armefis, el cual por medio de un hábil conjuro hizo caer una fertil y abundante lluvia sobre el ejército romano que estaba á punto de perecer de sed en una fatigosa marcha.

Cuando tales cosas pasaban en los palacios de los emperadores y los grandes, nada tiene de particular que los hechiceros y adivinos pululasen por las calles y plazas, por los puertos y caminos del imperio; que los astrólogos tuviesen desmedida influencia en las más ilustres y opulentas familias del patriciado; que la ciencia se resintiese del malhadado influjo de esta moda corruptora y que la medicina se convirtiese en una colección de vocablos bárbaros y misteriosos, en un vil y despreciable charlatanismo; que en las obras literarias menudeasen los hechizos y los encantamientos; que los sacerdotes pretendiesen curar con exorcismos las dolencias que los curanderos no lograban extirpar con sus amuletos; que la ignorancia achacase á los sortilegios sus derrotas y que se perpetrasen los más horrendos crímenes para realizar las operaciones mágicas con las cuales se pretendía lograr la complicidad del cielo en las abominaciones de la tierra.

Pero, como os manifesté en los comienzos de esta conferencia las ridículas supersticiones que debieron desaparecer con el imperio romano, debieron morir con el politeísmo; subsistieron y subsisten entre cristianos ortodoxos y heterodoxos sin que la clarísima luz del evangelio haya sido bastante á destruir esas reminiscencias del paganismo, esa lepra que mata al espíritu, que envilece al linage humano. Para que no podais dudar de esta afirmacion os daré noticias biográficas, tan ligeras como cumple á esta clase de estudios de los personajes que más han descollado durante la edad media y la edad moderna.

Cromwell contaba que una noche de insomnio se le apareció una muger de talla agigantada que entreabriendo las cortinas de su lecho le predijo que seria el hombre mas grande de Inglaterra, con lo cual el *Protector* confesó toda la enormidad de la ambicion que de tal modo se habia enseñoreado de su espíritu.

D. Pedro de Aragon el *Ceremonioso* en 1359 recomendaba á su escudero Pedro dez Palau que entregase sus libros de astrologia excepto dos titulados *Ali-Aben Bazel*, uno tras otro y no todos á un tiempo á Dalmau çes Planes para que escribiese una grande obra de dicho arte.

Don Juan I. de Aragon escribia al Duque de Berry diciéndole que le enviaba por su fiel caballero G. de Copons la prometida piedra llamada *betzár soberanamente buena contra todo veneno y ponzoña*, explicándole de paso que la otra que poseía se la habia legado su padre en testamento quien *la tenía en grande afecion por su extremada virtud*. En cuanto á la que regalaba al duque, asegurábale que la habia probado de diversas maneras y que podia responderle de su maravillosa eficacia.

De Lutero refieren en Wittemberg que irritado el famoso heresiarca al ver que Satanás le distraía mientras estaba escribiendo un sermon, le tiró á la cabeza el tintero, que fué á estrellarse contra una columna, donde aun se conoce la mancha de la tinta

De Enrique IV de Francia cuenta el cronista Mathieu que hallándose cazando en la selva de Fontainebleau, oyó como á media legua de distancia muchos gritos, ladridos de perros y cuernos de caza, rumor que en un instante resonó tan claro y estrepitoso que asombrado el rey de tal fenómeno, mandó al conde de Soissons que fuera á enterarse y en cuanto se quedó solo en la espesura se le apareció un hombre muy negro que exclamó con voz estentórea: *¿Me ois?* desapareciendo acto continuo como por ensalmo.

El Rey refirió á todos su aventura deseoso de encontrar explicacion plausible de tan raro encuentro, y los aldeanos y pastores digeron unánimes que el aparecido no era otro que *el gran montero de la selva*, ó en otros términos, el maligno espíritu.

Maria Antonieta, la desgraciada reina que vivió siempre en una sociedad fanatizada por el prestigio de fenómenos calificados de maravillosos, tuvo la debilidad de hacer llamar al salon de música del pequeño Trianon á Cagliostro, hombre extraordinario, de fertilísima imaginacion y prodigiosa memoria y tenido por sobrenatural. Presentándole la reina su hermosa mano y recordándole su profundo saber en el arte de la quiromancia le pidió su oróscopo. Cagliostro cogió repentina-

mente la diestra de la soberana, examinó las líneas de la palma y demudándose de súbito, cual si acabase de ver un espectro. Alarmáronse las damas que acompañaban á la reina y esta deseosa de oír á todo trance su sentencia, ordenó al adivino que le manifestase sin rebozo la causa de su turbacion. Entonces Cagliostro respondió con triste acento: Señora, Dios sobre todo, pero mi humilde ciencia me dice que estais destinada á perecer de muerte violenta.

Mr. de Boismont cita curiosas alucinaciones de las compatibles con la razon y no rectificadas por el entendimiento y entre ellas la siguiente: En 1806 regresando el general Rapp del sitio de Dantzig fué á encontrar á Napoleon I y hallóle sumergido en tan profunda meditacion que ni siquiera advirtió su llegada. Tan completa era su inmovilidad que el general temió que estuviese indispuerto é hizo ruido con los muebles para sacarle de su arrobamiento. Volvióse el emperador, cogióle bruscamente el brazo, y señalando al cielo le dijo: *¿Veis allá arriba?* El general no respondió, pero interrogado por segunda vez, respondió que no veía nada.—*¿Cómo!* repuso el emperador, *¿no la veis? Es mi estrella: Ved como brilla. Nunca me ha abandonado: siempre la veo en las grandes ocasiones. Ella me impulsa y me predice el triunfo.*

Creo, señores haber cumplido el compromiso contraído, sino tambien como fuera de desear porque el campo es muy vasto, si con relacion á lo que podiais esperar de mi escasa ilustracion; pero como no vengo á alardear de ella; como persigo un fin práctico, moral, cristiano, como al hablaros de errores, de abyeccion, de miserias, de debilidades y flaquezas lo hago con el objeto de estimularos á todos y cada uno de los que tanto me honrais oyéndome á que me ayudeis en la medida de vuestras fuerzas á-estirpar del alma humana preocupaciones gentílicas que la envilecen; á quitar á las fazes de la luna el dominio de los campos y de los campesinos y aun de algunos que no lo son; á robar á ciertos sucesos naturales sin importancia el derecho de turbar la paz de las familias á despojar á los martes de la cualidad de aciagos y á todas esas debilidades el señorío tiránico de la inteligencia por ellas subyugada y aherrojada; y como, aun, comprendiendo la dificultad de conseguirlo, entiendo que el no procurarlo constituye un delito de lesa humanidad, os ruego á todos y muy especialmente á los que por vuestra posi-

cion y conocimientos teneis el deber de ilustrar á los demás que no perdoneis medio ni ocasion de intentarlo y de trabajar para conseguirlo.

La humanidad no será dueña de sus destinos; no romperá la estrecha cárcel que la detiene; no saldrá del estado embrionario en que aun se encuentra; no llegará al grado de perfeccion á que puede y debe aspirar, hasta que deje de solicitar de predicciones de agoreros embaucadores, de oróscopos astrológicos, de cábalas y cartomancias y de sortilegios, duendes y demonios, y pida al honrado trabajo, individual ó colectivo, de su inteligencia y de sus brazos todo aquello que, al hacerle superior á los demás animales y señor de la tierra, le señaló el supremo Hacedor del Universo.

ALEJANDRO SANGRADOR.





## BIOGRAFÍAS

### DE HOMBRES ILUSTRES VASCO-NAVARROS



Escritores

DON VICENTE DE ARANA



(CONTINUACION.)

El viernes 13 de Junio de 1871 es un día memorable en la agitadísima existencia de Arana. En ese día salió de Londres para Folkestone, donde debía embarcarse para el Havre. Pero *l'homme propose et femme dispose*. Apenas instalado Vicente en su carruaje en la estación de Charing Cross, cuando entraron en él tres hermanas francesas, madura y sin encantos una de ellas, y muy jóvenes, muy lindas y muy graciosas las otras dos. Durante la guerra franco-prusiana habían permanecido en Newcastle al lado de unos parientes de su madre, que era inglesa, y regresaban á Fontainebleau donde tenían su familia. Bastó que los ojos de Arana y de la más jóven de las niñas se encontraran para que las dos jóvenes se comprendiesen, y simpatizaran y se adorasen. Dios los había criado el uno para el otro; pero con frecuencia los hombres contrarian los designios de su bienhechora providencia.

Vicente fraternizó bien pronto con las tres hermanas, y sostuvo con ellas animadísima conversacion, que sólo se interrumpió cuando el tren llegó á Folkestone. No hay que decir que las mayores atenciones de Arana eran para la hermosísima Maria Fanuy (así se llamaba la más jóven de las niñas) que con sola una mirada había ganado su corazón.

En Folkestone debían separarse, puesto que Vicente iba para el Havre, y para Boulogne sur mer las niñas. Pero ¿no se podía ir á Bilbao pasando por Boulogne? ¿Era de mucha importancia el asunto que llamaba á Arana á

Havre? Estas preguntas se hizo Arana, y decidió no abandonar á las tres hermanas, y embarcase con ellas para Boulogne. Y así lo hizo.

La travesía fué deliciosa. Tan apacible era la noche, y tan bella estaba la mar, que en el buque no se notaba el mas leve movimiento. Sentado V. de A. al lado de María Fanuy, hubiese querido que el viaje no terminara jamás. (1) Pero, por desgracia, terminó, como todo termina en este miserable mundo. Desembarcaron, pues, los cuatro jóvenes en Boulogne y no hay necesidad de decir que se hospedaron en la misma fonda.

Cuando á la mañana siguiente, á la hora del almuerzo, bajó Vicente al comedor, encontró en él á las tres hermanas almorzando en compañía de su papá, que de Fontainebleau había llegado á recibirlas. Una mirada bastó á Vicente para comprender que aquel caballero era un eclesiástico calvinista. En efecto, era el distinguido teólogo Monsieur André Racine Brand, ministro de la capilla evangélica de Fontainebleau. Mr. Brand estuvo atentísimo con Vicente, y le dió las mas expresivas gracias por las atenciones que con sus niñas había tenido durante el viaje.

Aquel mismo día salieron para Paris, y Vicente tuvo durante todo el viaje infinitas atenciones para el papá y las jóvenes, y muy singularmente para la que ya reinaba sola en su corazón. Esta le pagaba sus atenciones con las más dulces sonrisas, y cuidando con la más encantadora solicitud una linda parejita de preciosos canarios que Vicente traía de Inglaterra.

Al se pararse de Paris donde Vicente pensaba detenerse unos días para ver los destrozos hechos por las fieras de la *Comune*, Vicente dijo á la joven que no saldría para España sin hacer antes una visita á Fontainebleau.

Vicente cumplió su palabra. Visitó á sus nuevos pero queridísimos amigos, que se deshicieron por obsequiarlo, y le hicieron admirar las bellezas del so-

---

(1) En esta deliciosa travesía pensaba Vicente cuando 15 años mas tarde, escribió la composición, *Dulces momentos*, muy poca conocida.

## Dulces momentos

### BALADA

Rápida bendía la gallarda nave  
las bondas de cristal,  
en las que se miraba retratada  
de la luna la faz.

Yo contemplaba de mi dulce amada  
el rostro angelical,  
y embriagado aspiraba con su aliento  
aroma celestial.

De su voz la inefable melodía  
oía resonar,  
y su elevado pecho, con delicia  
vería palpar.

berbío bosque, orgullo de aquella localidad. La esposa de Mr. Brand distinguida y bondadosa señora inglesa, no desmerecía del resto de tan excelente familia.

Vicente comprendió que Marie Fanny era un tesoro inestimable. Su educación admiraba tanto como su espléndida belleza. Hablaba de todo con la mayor discreción, se expresaba, con la misma facilidad en francés y en inglés, tocaba el piano maravillosamente, y cantaba como un ángel. Vicente que en Londres se había dedicado mucho al canto, tuvo la dicha de cantar con ella tres de sus favoritos duos de Mendelssohn.

Entre Vicente y Marie Fanny no medió declaración alguna. Ni hay necesidad de declaración cuando el amor es verdadero y recíproco; una mirada dice entonces más que cien volúmenes en folio.

Despidióse Vicente prometiendo volver en el otoño, y regresó á París, de donde inmediatamente continuó su viaje para España. Ya no se detuvo más que en Livourne y en Burdeos para ver á algunos amigos, y en San Sebastian para visitar esta ciudad, Vicente llegó á Bilbao el 24 de Junio, ó sea á los 25 días de haber salido del Norte de Inglaterra.

Desde su salida de Fontainebleau Vicente había escrito todos los días á sus queridos amigos de aquella ciudad. Abrió su corazón á Madame Brand, y esta señora contestó que, si la familia de Vicente era gustosa, se tendría por muy feliz con tenerle por hijo, ya que había sabido ganar el corazón de su hija adorada. Además, permitió que esta escribiese á Vicente, y desde entonces hubo entre los dos jóvenes una encantadora y no interrumpida correspondencia diaria.

Vicente esperaba obtener el consentimiento de su familia, pero se equivocó. Y como dependía por completo de su familia, y como por otra parte la delicadísima familia Brand jamás hubiera consentido en un matrimonio celebrado contra la voluntad de los padres de Vicente tuvo este que renunciar á su más cara esperanza, y dejar á Marie Fanny en libertad de disponer de su corazón y de su mano. ¡Golpe terrible para Vicente! Estuvo á punto de perder el juicio, y se hubiera levantado la tapa de los sesos sino por el fer-

---

Yo cariñosas frases le decía,  
y ella, viendo mi afán,  
con palabras tiernísima mostrábame  
ternura sin igual.

Envidiosas las fúlgidas estrellas,  
temblaban sin cesar;  
y envidiando la luna nuestra dicha  
aceleró su andar.

Oreaba los rizos de mi amada  
nave brisa del mar,  
y del amor sentía yo en el pecho  
hálito celestial.

viente deseo que tenia de llevar á cabo los proyectos literarios que revolvia en la mente hacia algun tiempo

Es deplorabilísimo que no se haya verificado aquel matrimonio, tanto porque la jóven era en lo moral y en lo físico una criatura perfecta que hubiera hecho la felicidad de Vicente, como porque la soltería seria no solo insopor- table, sino erizada de espantosos peligros para un hombre de corazon tan sen- sible y de temperamento tan ardiente como Vicente.

Entre tanto, agonizaba en Bilbao la construccion de buques, limitada á buques de vela que no podian competir con los de vapor. Y no estaba la indus- tria siderúrgica bilbaína á bastante altura para que se pudiese soñar en esta- blecer en Bilbao la construccion de vapores de hierro.

Volvieron, pues, á manifestarse las aficiones literarias de Vicente. Hizo, en prosa castellana, la traduccion del lindísimo poema *Enoch Arden* del gran poeta inglés Tennyson, traduccion que fué muy elogiada y que se publicó pri- mero en el folletin del tantas veces citado *Iruacbat*, luego en la *Ilustracion Española y Americana*, y por tercera vez en el libro titulado *Oro y Oropel*, del que se hablará más adelante.

CONTINUARA

J. A.

---

No envidiaba yo entonces al califa  
que reinara en Bagdad  
ni á Júpiter escelso, que los mundos,  
se complace en guiar.

Cierto es que en lo más alto del Olimpo  
el dios sentado está;  
¿pero tiene á su lado una doncella  
de rostro angelical?

Bella matrona es Juno; su belleza  
bien se puede admirar;  
mas dá su doncellez á mi adorada  
encanto sin igual.

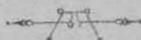
Y la barca bogaba silenciosa  
en el azul del mar,  
y en el azul del cielo navegaba  
la luna sin parar.

¡Oh momentos de amable dulcedumbre!  
¡No debierais cesar!  
¡Eternamente al lado de mi amada  
yo quisiera bogar!

---



## SOLITAÑA (1)



Soli, solitaña  
Vete á la montaña  
Dile al pastor  
Que traiga buen sol  
Para hoy y pa mañana  
Y pa toda la semana.

(Canto infantil bilbaíno).

Érase en Artecalle, en Tendería ó en otra cualquiera de las siete calles, una tiendecita para aldeanos, á cuya puerta paraban muchas veces las zamudianas con sus burros. El cuchitril daba á la angosta portalada y constreñía el acceso á la casa, un banquillo lleno de piezas de tela, paños rojos, azules, verdes, pardos, y de mil colores, para sayas y refajos; colgaban sobre la achatada y contrahecha puerta pantalones, blusas azules, elásticos de punto abigarrados de azul y rojo, fajas de vivísima púrpura pendientes de sus dos extremos, boinas y otros géneros, mecidos todos los colgajos por el viento noroeste que se filtraba por la calle como por un tubo y formando á la entrada como un arco que ahogaba á la puertecilla. Las aldeanas paraban en medio de la calle, hablaban, se acercaban, tocaban y retocaban los géneros, hablaban otra vez, iban, se volvían, entraban y pedían, regateaban, se iban, volvían á regatear y al cabo quedaban con el género. El mostrador, relu-

---

(1) Este precioso trabajo literario que su autor califica modestamente de *ensayo*, fué leído con otros trabajos de igual índole en *El Sitio* por nuestro querido amigo y colaborador D. Miguel Unamuno, y forma parte de una colección de cuadros de costumbres locales.

ciente con el brillo triste que dá el roce, estaba atestado de piezas de tela; sobre él unas compuertas pendientes que se levantaban para sujetarlas al techo con unos ganchos y servian para cerrar la tienda y limitar el horizonte. Por dentro de la boca abierta de aquel caleidoscopio olor à lienzo y humedad; por todas partes y en todos los rincones piezas, prendas de vestido, tela de tierra para camisas de penitencia, montones de boinas, todo en desórden agradable; en el suelo, sobre bancos y en estantes y junto á una ventana que recibia la luz opaca y triste del canton una mesilla con su tintero y los libros de D. Roque.

Era una tienda de género de la aldeanería. Los sentidos frescos del hombre del pueblo gustan los choques vivos de colorines chillones, buscan las alegres sinfonías del rojo con el verde y el azul, y las carotas rojas de las mozas aldeanas, parecen arder sobre el pañuelo de grandes y abigarrados dibujos. En aquella tienda se les ofrecia todo el género á la vista y al tacto, que es lo que quiere el hombre que come con ojos, manos y boca. Nunca se ha visto género más alegre, más chillon y mas frescamente cálido, en tienda más triste, mas callada y mas tibiamente fria.

Junto á esta tienda, á un lado, una zapateria con todo el género en filas á la vista del transeunte, al otro lado, una confitería oliendo á cera.

Asomaba la cabeza por aquella cáscara cubierta de flores de trapo, el caracol humano, húmedo, escogido y silencioso, que arrastra su casita, paso á paso, con marcha imperceptible, dejando en el camino un rastro viscoso que brilla un momento y luego se borra.

Don Roque de Aguirregoicoa y Aguirrebecua, por mal nombre Solitaña, era de por ahí, de una de esas aldeas de *chorierricos* ó cosa parecida, si es que no era de hácia la parte de Arrigorriaga. No hay memoria de cuándo vino á recalar en Bilbao, ni de cuándo habia sido larva joven, si es que lo fué en algun tiempo, ni sabia á punto cierto cómo se casó ni por qué se casó, aunque sabia cuándo, pues desde entonces empezaba su vida. Se deduce á priori que le trajo de la aldea algún tio para dedicarle á la tienda. Nariz larga, gruesa y firme; el labio inferior saliente; ojos apagados á la sombra de grandes cejas; afeitado cuidadosamente, más tarde calvo; manos grandes y piés mayores. Al andar se balanceaba un poco.

Su mujer, Rufina de Bengoechebarri y Goicoechezarra, era también de por ahí, pero aclimatada en Artecalle; una ardilla, una cotorra y lista como un demonio. Domesticó á su marido á quien quería por lo bueno, ¡era tan infeliz Solitaña! un bendito de Dios, un angel, manso como un cordero, perseverante como un perro, paciente como un borrico.

El agua que fecunda á un terreno esteriliza á otro, y el viento húmedo que se filtra por la calle oscura, hizo fermentar y vigorizarse al espíritu de doña Rufina, mientras aplanó y enmoheció al de don Roque.

La casa en que estaba plantado don Roque, era viejísima y con balcones de madera, tenía la cara más cómicamente trágica que puede darse, sonreía con la alegre puerta y lloraba con sus ventanas tristes. Era tan húmeda que salía moho en las paredes.

Solitaña subía todos los días la escalera estrecha y oscura, de ennegrecidas barandillas, envuelta en efluvios de humedad picante, y la subía á oscuras sin tropezarse ni equivocarse un tramo, donde otro se hubiera roto la crisma, y mientras la subía lento é impasible, temblaba de amor la escalera bajo sus piés y le abrazaba entre sus sombras.

Para él eran todos los días iguales é iguales todas las horas del día; se levantaba á las seis, á las siete bajaba á la tienda, á la una comía, cenaba á eso de las nueve y á eso de las once se acostaba, se volvía de espaldas á su mujer, y recogién dose como el caracol, se disipaba en el sueño.

En las grandes profundidades del mar viven felices las esponjas.

Todos los días rezaba el rosario, repetía las avemarías como la cigarra y el mar repiten á todas horas el mismo himno. Sentía un voluptuoso cosquilleo al llegar á los *orá por nobis* de la letanía: siempre, al *agnus*, tenían que advertirle que los *orá por nobis* habían dado fin: seguía con ellos por fuerza de la inercia. Si algún día, por extraordinario caso, no había rosario, dormía mal y con pesadillas. Los domingos lo rezaba en Santiago y era para Solitaña goce singular, el oír medio amodorrado por la oscuridad del templo, que otras voces gangosas repetían con él á coro, *orá por nobis, orá por nobis*.

MIGUEL UNAMUNO.

